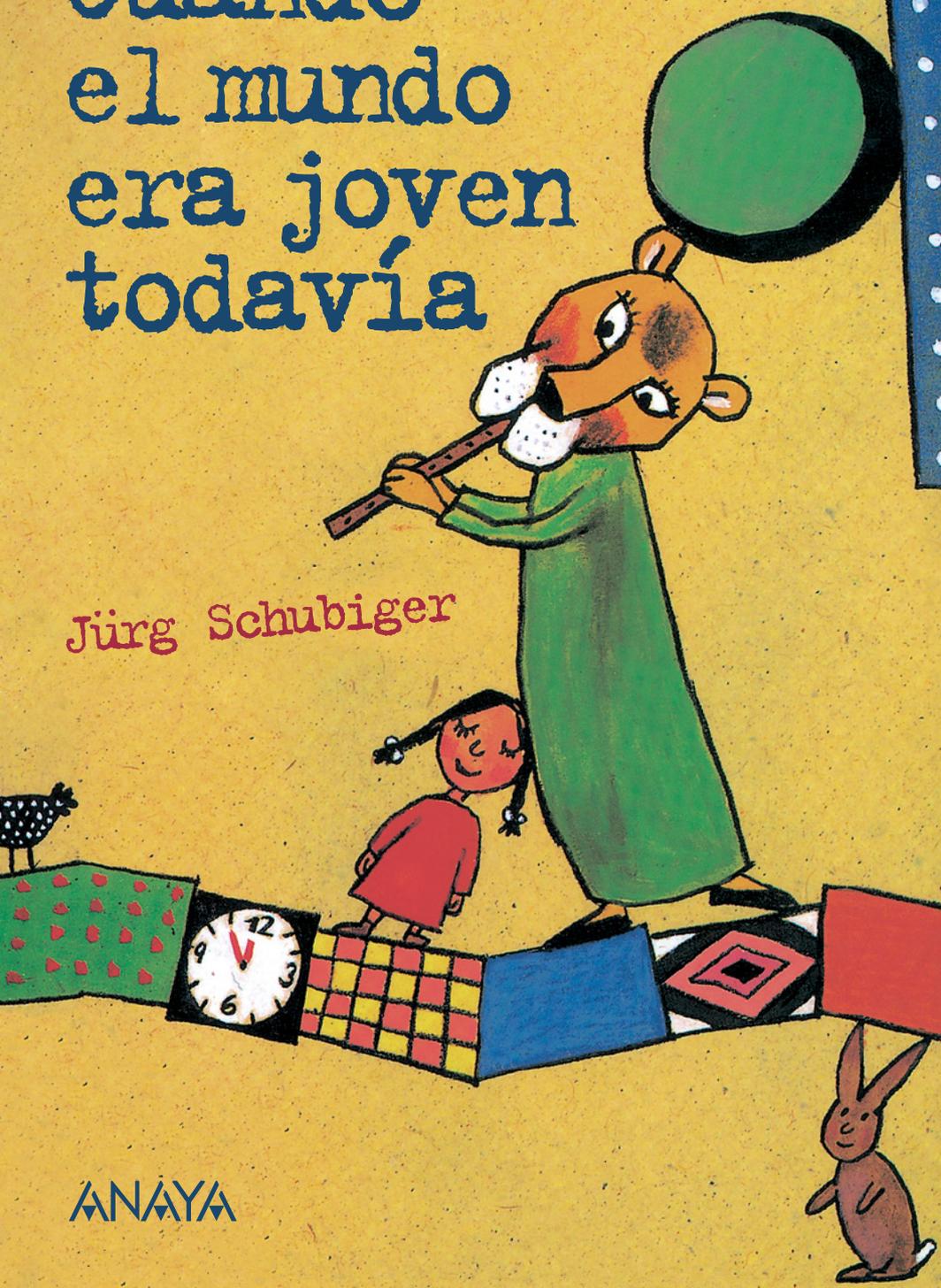


Cuando el mundo era joven todavía

Jürg Schubiger



ANAYA

Cuando el mundo era joven todavía



Cuando el mundo era joven todavía

Jürg Schubiger

Ilustraciones:

Rotraut Susanne Berner

Traducción:

Amaya Bárcena y Marisa Barreno

ANAYA

Título original: *Als die Welt noch jung war*

- 1.^a edición: octubre 1997
- 2.^a edición: febrero 1998
- 3.^a edición: septiembre 1998
- 4.^a edición: septiembre 2001
- 5.^a edición: abril 2003
- 6.^a edición: abril 2008
- 7.^a edición (rústica): febrero 2015

© Beltz Verlag, Weinheim and Basel, 1996
Programm Beltz & Gelberg, Weinheim. Alle Rechte vorbehalten
© de la traducción: Amaya Bárcena y Marisa Barreno, 1997
© de esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2015
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Diseño: Gerardo Dominguez

ISBN: 978-84-678-7100-5
Depósito legal: M-33530-2014
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la
Ortografía de la lengua española, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

CIELO Y TIERRA

- Cuando el mundo era joven todavía 9
- La niña y la muerte 17
 - Inventos 21
 - La estrella 23
- La niña y el ángel 27



COSAS

- Las cosas expuestas 33
- Las tres sillas 37
- El traje grueso 43
- El coche 45
- El árbol de las manzanas grandes 49
 - El gran pan 51
- Oro en Alaska 55
 - El libro 57
- Una ciudad se va de excursión 63



ANIMALES

- La invitación 71
- El cuento del elefante 73
- El rugido de león 75
- El camello de Bagdad 79
- Por qué el camello tiene la mirada cansada 81
 - Uno, dos, tres, cuatro 83
 - El gran huevo 85
 - El halcón azul 87
 - Un animal blanco 89
- El San Bernardo, el conejo y la cerda 91

NOMBRES

- Juan, Juanjuán y Juanjuanjuán 103
 La familia del viento 105
 Diferentes cerdos 107
 Piita 111
El camello y el dromedario 113
 Oye-crecer-la-hierba 115
 Loro 117
De dónde tomaron su nombre los animales 121



ENIGMAS Y MAGIA

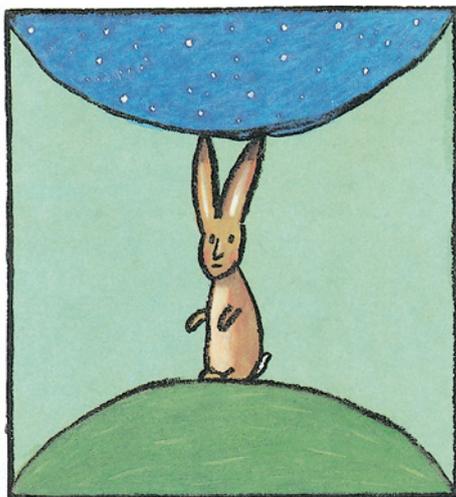
- La muchacha y la suerte 127
 El pastel 129
 El tocón 133
El mago y la cocinera 139
 La montaña cerrada 143
Mi hermano y yo y la gata en el bosque 147



OTRA VIDA

- Cómo encontrar una ayuda 153
 El lento 157
La niña encima del armario 161
 El pequeño gigante 165
 Mil tonterías 173

Cielo y tierra



Cuando el mundo era joven todavía



Hace mucho tiempo, cuando el mundo era joven todavía, no había personas en él. No había que ordeñar a las vacas ni que dar de comer a las gallinas. Los animales se las apañaban muy bien. Eso duró mucho tiempo. El mundo era grande y salvaje. Por fin, un día apareció la primera persona, una mujer. Miró a su alrededor.

—No está mal todo esto —dijo. Examinó las cosas con mayor detalle.

—Buena idea estos árboles —dijo bajo un arbusto verde claro.

También se fijó en las vacas y en las gallinas.

—Buena idea estos animales: dan leche, dan huevos y se pueden comer.

Cogió una banqueta de ordeñar, se sentó bajo la vaca y la ordeñó.

¿De dónde salía la banqueta de ordeñar?

La había traído ella.

Entonces, ¿traía equipaje?

Solo una banqueta de ordeñar y un puñado de grano para las gallinas.

¿Había banquetas de ordeñar y grano para las gallinas en el lugar del que venía?

¿Cómo iba a traerlo si no?

¿De dónde venía?

Del extranjero.

¿Y cómo llegó al extranjero?

Estuvo allí siempre. Oye, ¿cómo quieres que lo sepa? ¡Y si no, cuenta tú la historia!

Bueno, pues en aquel tiempo, cuando el mundo era joven todavía, todo era joven. Estrellas jóvenes, piedras jóvenes, ríos jóvenes, personas jóvenes, pájaros jóvenes, árboles jóvenes...

¿Casas jóvenes?

También.

¿Y vacas? ¿Y gallinas?

Terneritas y pollitos. Todo un mundo pequeño, no mucho mayor que una mesa. Aquel mundo vivió solo una semana. Las personas, los animales y las plantas se murieron de sed; los ríos se secaron; las estrellas se apagaron; las piedras, pequeñas como granos de arena, se pulverizaron en el vacío. Un mundo hermoso, pero breve. Entonces hubo más de mil años de tranquilidad. Y después de más de mil años de tranquilidad, otros mil años de tranquilidad. Entonces fue apareciendo un nuevo mundo, esta vez

solo nubes, y encima de ellas el cielo, y debajo de ellas el mar. Un mundo de nubes y olas.

¿Y después?

Nubes y olas.

¿Y todo lo demás? Tuvo que añadirse algún día: la hierba, las vacas, las personas, los pueblos.

No.

¿Cómo?

No se añadió nada.

Entonces, ¿se ha acabado la historia?

No, continúa, solo que no pasa nada nuevo. Siempre lo mismo: nubes y olas, nubes y olas, nubes y olas.

¿Y viento?

Sí, viento. Nubes, olas y viento.

¿Y la cama en la que estás sentado, la ventana, el jardín, tú y yo?

Eso no existe. En esta historia no.

Entonces, ¿dónde?

En ningún sitio. No hay tierra a la vista.

Claro que sí, el paraíso.

Ah...

El mundo se llamaba paraíso cuando era joven. Las personas, los animales, las plantas, las montañas y los valles acababan de llegar. Se saludaron.

—Me llamo Eva, ¿y usted?

—Adán. Me llamo Adán, ¿y usted?

—León. Me llamo León, ¿y usted?

—Palmera. Me llamo Palmera, ¿y usted?

—Fuente. Me llamo Fuente, ¿y usted?

—Trucha. Me llamo Trucha, ¿y usted?

—Libélula.

Adán le preguntó a Eva:

—Perdone, ¿sabe usted dónde estamos?

—En el paraíso —contestó Eva.

—Paraíso —murmuró Adán—. Es la primera vez que lo oigo.

Dieron un largo paseo por el gran jardín, anduvieron por el musgo húmedo, por la arena suave, y saludaron por todas partes. Una hermosa mañana comenzaba. Todo nuevo, todo reluciente. Los elefantes saludaban con las orejas, las rosas perfumaban el aire como locas.

—Veo que somos las únicas personas —dijo Eva—. Tendremos que casarnos.

—¿Casarnos? Es la primera vez que lo oigo —dijo Adán en tono casi amistoso.

—Casarse significa estar juntos. Pero antes tenemos que querernos. Así es como se empieza. ¿Tiene usted algún inconveniente en que nos queramos?

—¿Querernos? Es la primera vez que lo oigo —dijo Adán.

Eva lo abrazó y lo besó largamente en la boca. En medio del beso tomó aliento y dijo:

—Esto es quererse.

Adán permaneció con la boca dispuesta y Eva siguió besándolo. Luego se hizo mediodía, y él dijo:

—No tengo ningún inconveniente, incluso en cierto modo me complace esto de querer.

Cuando volvieron a tomar aliento ya caía la tarde.

—Me gustaría que nos tuteáramos —propuso Eva.

Adán dijo:



—Está bien, querida Eva.

Así comenzó el mundo.

¿Has terminado?

Sí. Mejor lo dejamos mientras sigan besándose. Los cuentos tienen *finales* felices, pero las historias del paraíso tienen *principios* felices.

Entonces volveré a empezar.

Cuando el mundo era joven todavía, hubo que empezar por aprender a vivir. Las estrellas se reunieron para formar figuras. Algunas ensayaron al principio una jirafa, después una palmera y luego una rosa, hasta que inventaron la Osa Mayor. Otras formaron una pequeña niña, de la que surgió después Virgo. Mientras tanto, otras estrellas habían formado un sagitario, un dragón, un toro o un cisne.

Las piedras lo tenían más fácil. Se volvieron duras y pesadas en el acto. Fueron las primeras cosas acabadas.

El sol comenzó a brillar, aprendió a salir y a ponerse. Cualquier otra cosa que intentara no le salía. Por ejemplo, cantaba. Pero su voz ronca asustaba al mundo entero, que aún era nuevo y sensible.

Durante mucho tiempo la luna no supo lo que tenía que aprender. ¿De verdad tenía que brillar? De día contestaba que no; de noche, que sí. Como no podía decidirse, hacía lo siguiente: engordaba y adelgazaba, se llenaba y se vaciaba. Lo que sí aprendió fue el cambio constante.

El agua aprendió a fluir. Lo consiguió cuando notó que para ello solo había un camino: siempre hacia abajo, hacia abajo, hacia abajo.

El viento estuvo quieto durante mucho tiempo. Por eso, al principio no era nada ni nadie en realidad. Pero entonces descubrió que podía soplar.

Era fácil vivir. A cada uno le bastaba descubrir qué era exactamente lo fácil. Para el fuego era algo distinto que para la madera; para el pez, algo diferente que para el pájaro; para la raíz, algo diferente que para la rama.

El mundo se tomó su tiempo para organizarse. Después todo marchó solo. La lluvia no tenía más que caer de las nubes para verterse sobre la tierra, las personas no tenían más que abrir los ojos para ver lo bueno que era todo. Si cada uno hacía lo que le resultaba más fácil, el mundo quedaba ya bastante ordenado.

El mundo estaba bastante ordenado todavía...

¡Pssst! No sigas. Es mejor que empecemos otra vez desde el principio. Esta historia no tiene fin, sino comienzos, muchos comienzos.

Hace mucho tiempo, cuando el mundo era joven todavía...

No es infrecuente leer una frase, que el uso —o abuso— ha convertido en tónica sin que por ello deje de ser cierta: la que alude a los libros sin edad, como un lugar sin límites. Este libro también es uno de ellos. Digamos que puede alegrar la mente y el corazón, de siete a setenta veces siete.

El lector se divertirá con la técnica lingüística, las escenas ingeniosas, las frases previsibles, el surrealismo de algunas situaciones... , hasta que de pronto, en una sola frase final —que puede estar repleta de ternura, pero también de ironía y mordacidad—, el cuento queda vuelto del revés, y obliga a pensar en otra lectura nunca imaginada.



ANAYA
www.anayainfantiljuvenil.com

1562526 ISBN 978-84-678-7100-5
9 788467 871005